

## Alfredo Alegría, el Poeta de las Brumas

*Harvey Wells Möller*

Este ensayo forma parte de la antología poética «Jinotega en versos» de Harlan Oliva Regidor, publicada en el año 2013.



Alfredo Alegría nació un 10 de junio de 1899, en San Marcos de Colón, República de Honduras, hijo de don Jerónimo Alegría de origen hondureño y doña Carmen Rosales Barreda, auténtica jinotegana. Esta simple aseveración de carácter biográfico ha servido para que muchos jinoteganos, de esos que miden la historia con la dimensión de su escasa cultura, afirmen que Alfredo no era jinotegano, muchos menos nicaragüense porque es hondureño. A veces, la mediocridad mental, nos lleva a confundir las cosas. Nadie nace poeta, se hace en la vida y Alfredo logró su plenitud poética en Jinotega. Por otra parte, nadie es poeta por su apellido, por el color de su piel, **por su lugar de nacimiento...**, es poeta por sí mismo, por su genio. Siguiendo con los datos biográficos, debido a la muerte de su padre, cuando apenas tenía seis años de edad, Alfredito vino a la tierra de su madre, a Jinotega.

Es raro, pero, muchas veces encontramos similitudes en la vida de los **grandes hombres... Rosa Sarmiento, madre de Rubén Darío, maltratada y abandonada** por su esposo: Manuel García (Darío), decidió «irse» de la casa con Juan Benito Soriano, un joven de origen hondureño. Se fueron a San Marcos de Colón, en Honduras. Allí transcurrieron algunos meses de la infancia de Rubencito, hasta que su padrino y tío político, el coronel Félix Ramírez Madregil, llegó a traerlo para criarlo con su esposa, doña Bernarda Sarmiento (Darío), en la ciudad de León. Entonces, si Rubén Darío nació en Metapa, poblado que en ese entonces pertenecía al partido de León, no podría considerarse «nicaragüense puro» porque su infancia había sido contaminada por el bucólico paisaje de un poblado hondureño. Según se afirma, fue precisamente ese ambiente campesino el que sirvió de inspiración para el poema Allá lejos que años más tarde aparecería en «Cantos de vida y esperanza». El poema comienza así:

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día  
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,

en la hacienda fecunda, plena de armonía  
del trópico; paloma de los bosques sonoros  
del viento, de las hachas, de los pájaros y toros  
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

[...]

Paralelo a Rubén Darío que traslada el recuerdo a Nicaragua que tiene un sol de encendidos oros, Alfredo nos dice en el poema «Autobiografía»:

Me críe como un becerro  
al pie de la montaña segoviana.  
Lactando en sus ubres gigantescas  
di los primeros topetazos.  
Y me embriagué de cielo,  
de luz, de sones de agua  
en los arroyos zarcos que saltaban  
de la profunda y maternal entraña.

¿Es Alfredo hondureño por haber nacido en ese país? En sus escritos habla **de su San Juan de los pinos... ¿Entonces?... ¿Por qué? ¿Por qué hablar mal de lo que no conocen?** De su educación sabemos muy poco. En esa época no había en Jinotega tantas escuelas y colegios como hoy. En el poema él nos habla de «don Luis Felipe Mantilla», la famosa cartilla en la que muchísimos aprendieron a leer acompañados por una serenata de «sopapos magisteriales». También habla de «El lector americano», libro de lectura que hoy muchos considerarían anticuado, pero en el que nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos aprendieron a leer y a leer bien.

No sabemos si Alfredo cursó la primaria. Yo no lo creo. Por ese entonces, muchos de los más capaces y preparados, solo llegaban al tercer grado, por cierto, un verdadero tercer grado. Los que tenían recursos podían ir a León para continuar sus estudios. Alfredo no los tenía.

Él aprendió que la mejor forma de conocer el mundo era leyendo, leyendo mucho. Fue como muchos de los grandes, autodidacto. Es así como en 1925, a los 24 años, fue contratado como maestro de primer grado en el Colegio La Salle de Jinotega, aquel colegio en que se formaron muchos jinoteganos como el doctor Edmundo López, Joaquín Noguera, y más. Si tratáramos de medir la cultura de Alfredo por sus escritos, encontraríamos allí sus lecturas: La Biblia, Gonzalo de Berceo, El poema del Cid, el Romancero, Fray Luis de León, Santa Teresa, José Zorrilla, Gustavo Adolfo Bécquer, Rubén Darío, Federico García Lorca, los **escritores modernos..., muchos de los grandes y de esto adquirimos una gran**

lección: solo los que han leído mucho y comprendido mucho, pueden llegar a ser grandes escritores. Testimonios de lo anterior son Rubén Darío, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Miguel Ángel Asturias, para hablar de los escritores del siglo XX. Las primeras publicaciones impresas de las inquietudes literarias de Alfredo aparecieron en Matagalpa, en 1920, en un semanario que dirigía don Arturo Cerna. Alfredo tenía entonces, 19 años.

¿Cuál es la obra de Alfredo Alegría?

Fue esencialmente periodística. En 1928 publicó su primer periódico, editado en la Tipografía Jinotegana; era un Semanario político de información y letras. Debe haber sido toda una empresa el publicar un semanario e imprimirlo en la pequeña y única imprenta de mano, en la imprenta municipal que manejaba Gutenberg Martínez, alias «Pipián».

Solo aquellos que sienten hervir las palabras en el torrente sanguíneo son capaces de sacrificarlo todo por amor a las letras. Su labor periodística a lo largo de su vida se caracteriza por diferentes nombres y un solo anhelo: *El Norte* (semanario que apareció en 1935); *Rumbos*, semanario, en 1936; *Ruta*, posiblemente lo más significativo en la obra de Alfredo, revista de tamaño 1/8, grabados fotográficos, artículo de crítica, columna social, sección literaria, apoyada por pequeños anuncios de comerciantes y profesionales que además de profesionales o comerciantes eran amigos del poeta, que comprendían el enorme esfuerzo que él realizaba en medio de una pobreza digna, que rayaba en miseria.

En la publicación de la Revista *Ruta*, junio de 1937, dedicada a Matagalpa, cuyo valor era de diez centavos y contaba con 18 páginas, encontramos parte de esos benefactores de la cultura que podían darse el lujo de invertir uno o dos córdobas semanales en publicidad. Allí encontramos farmacia «La imperial», de Joaquín González, de Matagalpa, con sucursal en Jinotega, anunciando productos hipodérmicos cuando las inyecciones eran todavía una novedad medio diabólica; La fama, el jabón de lavar más económico; Joaquín Kuan y Cía, con dos tiendas que ofrecen de todo; La Botica de don Trinidad Castellón (Hoy Farmacia Castellón); Diad Abdalah, el turco Abdalah cuyo negocio estaba donde hoy están Los Repuestos Miranda; J. León Leiva, comerciante de León; el almacén de Hugo Dankers, en Managua, donde uno podía encontrar conservas, frutas secas, chocolates, vinos, licores, etc. todo a precios entre cinco y 95 centavos; Luis Frenzel de Jinotega y Yalí, comerciante alemán que promovía la venta de cerveza Xolotlán; el Bazar Oriental de Julián Frech en Matagalpa; Florencio Martínez, comerciante de Muy Muy; Francisco Vaca, el famoso Paco Vaca de la calle central de Jinotega; el Aserrío y beneficio del café de Juan Molina Rodríguez; el almacén de Novedades de Guillermo Hüpper en Matagalpa; el Cine Colón con un anuncio que nada tiene que envidiar a las promesas y mentiras publicitarias de hoy: local

céntrico, higiénico, confortable, proyección clara y sonido perfecto; Agustín Chan y Cía., precursor de la casa comercial Isidro León York, que en esa época vendía cigarrillos beduinos, en los que salían premios de 1, 5, y 10 córdobas; el Bazar Jerusalén de Antonio Dabub en Matagalpa; Pío Castellón, comerciante importador y exportador; el Buen zapato que promovía al calzado Sotelo de Managua; el Máximo Senqui y Cía., comerciante; J. Alonso Kuan, la que vende más barato, a pesar del alza general de la mercadería; José Anastasio Toruño, constructor jinotegano; Francisco Oliva comerciante en ropa hecha; la Compañía tabacalera de Nicaragua que ofrecía Esfinge, Ideal, Cóndor, Elegantes, Valencia, Extra, Tigres y Gallitos; sucesores de Ernestina de Noguera, comprando pieles, hule, manteca y café; Pablo Möller y Cía. Ltda., ofreciendo cristalería, enlozados, ferretería, licores finos, conservas, telas finas, casimires, etc.

Si he traído a ustedes esta relación de anuncios comerciales es solo para probar lo difícil que era publicar y mantener una revista que valía solamente diez centavos el ejemplar. En cuanto a los artículos, hay un editorial crítico al sistema educativo, firmado por el propio Alfredo; una página obrera a cargo de Alfonso Rivera; poemas de Daniel Cruz Leclair; un panorama matagalpino aprovechando un natural de esa ciudad, Francisco Navarro, quien era vicepresidente de la República; una reproducción de La Prensa de Guatemala acerca de las obras del presidente Ubico; poema de Luis R. Medrano y una colaboración de Daniel Olivas. Esta revista no tiene nada que envidiar a las de su época por lo que recibió un diploma de honor al mérito, en 1942, en Matanzas, Cuba.

Siguiendo con la obra periodística de Alfredo, en 1942 apareció «Avance» y en 1956 «Nuevos Rumbos», revista trimestral. En ella hay un editorial en el que Alfredo reclama la falta de ideales de la juventud y una glosa al «Romance de los humildes» escrita por Amanda López.

En ese mismo año Alfredo y su familia se trasladaron a Managua, allí publicó «Cuadernos literarios». Regresó a Jinotega como una de las tantas víctimas del terremoto de 1972, aquí publicó su última trinchera de lucha PORTAVOZ. Como poeta, Alfredo es otra cosa. Publicó varios libros: «Sonata de sueños», «Velas contra el viento» y «Romance a los humildes». Sus hijos han recogido estos tres libros en unas llamadas «Obras completas», pero éstas no son completas.

«Alma, amor y paisaje», fechado en 1922, en un libro el proyecto de Alfredo, encontramos algunos poemas de estilo modernista un poco melosos que prefiguran al futuro poeta. El primero: «Marina», fechado en Nueva Segovia, diciembre, 1922, la primera estrofa dice:

El crepúsculo occiduo, reminiscente y bueno  
se ha prendido un diamante vespertino en el traje;  
y un vagar ilusorio de goletas en viaje.

En el segundo poema «Del verano», leemos:

El alba con su fina y satinada mano  
Volcó sobre el sendero su luz auricolora;  
Exalta la beoda cigarra del verano  
La brama satiresca de la candente hora.

Estos dos ejemplos de versos alejandrinos nos muestran el rebuscado vocabulario de un joven que se encuentra influenciado por el inmenso destello de Rubén Darío. Es de especial interés un juguete lírico en heptasílabos con versos de pie quebrado. Se titula «Paisaje del alma».

**Hay en mi ser ahora...**

un vesperal camino  
que se prolonga  
triste,

bajo la paz violeta;  
un letargo de sauces,  
romántico camino,  
que está enamorado. Sueño  
con alma  
de poeta.

En «Sonata de sueños» encontramos un poeta más maduro.

Alma, cuando en las tardes recorres los caminos  
donde erran misteriosas melodías campestres,  
¿has oído las voces de los seres divinos  
que te hablan en su lenguaje ecos ultraterrestres?  
¿Has oído la voz del insecto invisible  
que palpita, y la voz escondida del ave,  
la susurrante lengua del árbol, traducible  
sólo por ti, poeta que conoces la clave?  
Pues esas son las voces, las palabras salientes,  
los signos revelados del Enigma, elocuentes,  
con que te habla el Dios uno, callado y armonioso.  
Viador que tantas veces pasas por estas sendas,  
Tú que vives hambriento de cosas estupendas,

¿por qué no te detienes a oír al silencioso?

Fechado San Juan 1953. Leyendo este poema fácilmente vienen a la mente los versos darianos en el poema «El poeta pregunta por Stella». La misma búsqueda de lo desconocido, de lo enigmático, de un más allá, de aquellas voces que sólo los poetas son capaces de oír:

Lirio divino, lirio de las Anunciaciones:  
lirio, florido príncipe,  
hermano perfumado de las estrellas castas,  
joya de los abriles.

.....

¿has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,  
la hermana de Ligeia, por quien mi canto a veces es tan triste?

No quiero decir con esto que Alfredo, poeta modernista imitaría al gran Rubén. No, Alfredo era original, sabía, como supo Rubén y supieron los grandes que en cada escritor bueno hay muchos escritores. En el mismo libro encontramos a otro poeta, otro Alfredo que nos remonta a la época del Romancero Español de siglo XV.

Pasó una flor por mi puerta  
con rico traje de olor;  
Pasó una estrella desnuda:  
Temblorosa de pudor;  
Pasó el día de puntillas  
con su linterna, veloz;  
Pasó la noche, solemne,  
Pasó una sonrisa en flor;  
Pasó una nube regando  
pensamientos de algodón...

Las mismas características de un romance: paralelismo complementario, **anáforas, repeticiones...** Siempre en el mismo libro encontramos otro romance con sabor a patria, con la dolorosa historia de guerras civiles de Nicaragua.

Juan soldado, Juan soldado,  
que perdiste tu virtud,  
¿te acuerdas de aquellos tiempos  
¿Cuando eras soldado tú?  
Yo muy bien que te recuerdo:  
ibas vestido de azul,  
levabas al hombro el «Remington»  
como se lleva una cruz,  
y te llamaban «el chingo»  
por lo bobo que eras tú.

Juan soldado, Juan soldado,  
¿Se te ha olvidado? A mí no.

Juan soldado, Juan soldado,  
¿de aquella revolución  
te acuerdas? ¿se te ha olvidado?

Lo siento. Pero a mí no.  
Te llevaron a la fuerza  
a pelear hasta León  
por cuestiones de partidos,  
por cintajos de color,  
y como entrar no querías  
**“al fuego”, quieras o no**  
de cintarazos te dieron  
para infundirte valor.

Salvando la distancia que hay entre un romance del siglo XV y las guerras civiles de Nicaragua a comienzos del siglo XX, podemos comparar:

Abenámar, Abenámar, - moro de la morería,  
¿qué castillos son aquellos? - ¡altos son y relucían!  
El Alhambra era, señor, - labrados a maravilla.  
El moro que los labró – cien doblas ganaba al día.  
La otra era Granada, - Granada la noblecida

Pero los romances que nacieron en el siglo XV siguen vivos, y en cada nuevo poeta cobran nuevos bríos. Así vemos en Alfredo el maravilloso estilo gitano de Federico García Lorca en «Aires de San Juan»:

En las vitrinas del río  
la joyería del sol,  
los peces de conchanácar  
y arriba la nubazón.  
Juego de espejos con patos,  
verde claro del sauzal,  
y el cielo echando en el río  
su atarraya de pesa.  
Verde claro, verde hirviente,  
tono igual, verdor, verdor.  
¡Oh provincia, el aire tuyo  
me sabe a fray Luis de León!  
Tan altos tus cerros glaucos  
de terciopelo tristón,  
tan blanco tu campanario,  
tan blanco tu carrillón.  
Tus nieblas, tus palomares  
tono igual; blancor, blancor.  
¡Oh provincia, torre azul,  
Verde mar, blanco vellón.  
Casitas al pie del monte,  
manso fuero, perro fiel,  
suave hogar, cándida novia  
que va a la misa de seis..  
Borriquitos campesinos  
cargados de leña y mies.  
Tinaja de barro fresco,  
de esférica redondez.  
¡Tinaja de agua, redonda,  
como vientre de mujer!  
¡Oh provincia  
que amaría Francis James!  
Plaza abierta de frescura  
con rocío en el gramal,  
atuendo de los domingos  
con victrolas y el «glin - glán»  
de las campanas alegres  
que repica el sacristán.



**Misa olorosa a "toritos"**

en el ara del altar.

La quiebraplata que enciende su lamparilla invernal;

y a luna arrabalera

sacando tras el pinar

para asustar a los niños

su carota angelical.

¡Oh provincia

ingenua y dominical!

Y el cielo con golondrinas

y olor a fugacidad,

haciendo de transformista

como un faquir oriental.

Las perdices en el monte

llorando su soledad.

Sobre la anclada tristeza

los mástiles de la mar,

borrachos de vino verde,

hinchando velas de paz.

¡Palo mayor del silencio

del ciprés piramidal!

Y los clarines del alba

llamando a gritos al sol

que tira sábanas blancas

sobre el cerro dormilón.

No es, tal vez, el momento adecuado pero me parece interesante señalar algunas de las metáforas como «vitrinas del río», por transparencia del agua; «joyería del sol», por juegos de luz en el agua; «juegos de espejos con patos» por patos reflejados en el agua; «mástiles de la mar» por «cipreses piramidales»; también las abundantes adjetivaciones: cerros glaucos, terciopelo tristón, manso fuego, suave hogar, cándida novia, pluvial gravidez, lamparilla invernal, carota angelical, anclada tristeza, cerro dormilón. Lo más importante de este poema es la actitud impresionista al lograr las imágenes de colores: verde claro, verde hirviente, tono igual, verdor, verdor cuando trata de «pintar» el paisaje jinotegano. Tan blanco tu campanario, tan claro tu carillón, tus nieblas, tus palomares tono igual, blancor, blancor. Esta es verdadera Ars poética, la encontramos en la «Sinfonía en blanco mayor» de Alfredo de Musset o en la «Sinfonía en gris mayor» de Darío. En Velas contra el viento, encontramos poemas de clara tendencia vanguardista con tonos de reclamo por los derechos perdidos. Ejemplo de ello es «El indio», dice así:

Y el indio que otro tiempo  
llevaba sobre la espalda la protesta,  
el haz de agudas flechas;  
que tatuara su cuerpo de soles;  
que coronara su frente de plumas soberbias,  
que hiciera de su piragua un trono  
y de su montaña un templo,  
supo, por fin,  
cómo él ya no era dueño de la tierra,  
de su maíz, de su choza, de su perro.  
Y cargando peñascos,  
hipando en silencio,  
llorando riachos salidos del alma,  
sazonando su pan  
con la sal de su llanto,  
buscaba, inútilmente, en el profundo cielo, a sus dioses.

Siempre que analizamos un texto literario debemos observar dos aspectos: el fondo y la forma. Por la forma decimos que tiene características de vanguardia, una serie de proposiciones subordinadas adjetivas para describir al indio antes de la llegada de los conquistadores; enumeración de las pérdidas sin utilizar verbos; versificación libre.

En cuanto al fondo, el indio del que habla Alfredo no es solamente nuestro indio nicaragüense, es el indio mesoamericano, el que usó «piraguas» en el Caribe o veneró montañas en Guatemala o Nicaragua, el que fue despojado de sus tierras para servir de esclavo, el que vive en la miseria, el que, en el fondo de su alma, todavía busca aunque inútilmente a sus antiguos dioses protectores. Por supuesto, cada poema de Alfredo es motivo para una hora o más de análisis. En una conferencia no es posible hacerlo. Siempre del libro «Velas contra el viento», con el mismo sabor de protesta, pero esta vez, protesta cristiana, en un soneto de corte modernista, encontramos Los pobres.

Vuélcanse enteras las miradas mías  
en el arroyo, lleno de asperezas.  
Más son, por lo ajenas, las tristezas  
y también las humanas alegrías.  
Con un soplo caliente de herrerías  
y domésticos hornos en pavesas,  
las santas manos saben de pobrezas  
y desnudos los pies de ásperos días.

Son los pobres de Dios. Los que no crecen  
sino menguan, sin pan. Los que padecen  
en un largo dolor, mudo y profundo.  
Son los mismos de ayer que, en los caminos,  
a esperar se sentaban los Divinos  
pies que venían a salvar al mundo.

Y es que Alfredo sí sabía de pobrezas, de angustias, de miserias y, como muchos, esperaba de Dios la recompensa. No habla de los pobres de hoy, sino de los pobres de siempre como aquellos que, en los caminos de Galilea, se sentaban a esperar los pasos del Divino Nazareno. Para concluir esta rápida visión por la poética de Alfredo, debo traer un poema totalmente vanguardista por la forma que nada tiene que envidiar a los caligramas famosos.

SIGNO  
Cruz  
crucita  
te beso  
a ti que estás en el cruce del camino,  
en la divina Rosa de los vientos,  
que estás en el piso  
que piso,  
que estás en la puerta que cierro,  
en el cuerpo que abrazo,  
de Norte a Sur y de Este a Oeste,  
dando el rumbo y la meta al caminante.

Te beso y que mi beso

S  
E

H  
U  
N  
D  
A

COMO UN CLAVO

A  
L

C  
E  
N  
T  
R  
O

EN LA JUNTURA DE TUS BRAZOS

Finalmente, otras facetas de Alfredo Alegría: el humorista. Era costumbre, cada 3 de mayo, encontrar bajo la puerta un periodiquillo bufo, llamado «EL ZANCUDO», porque sus bromas eran peor que un piquete de ese insecto. En ese pasquín nadie quedaba a salvo de las pullas y críticas. Los autores, además de Alfredo, eran el doctor Carlos Castillo Ibarra, don Paco Rosales, don Juan Gutiérrez, posiblemente también don Raúl Palacios, don Luis Valencia, don Alfredo Lazo y otros más.

Todos sospechaban quienes eran, pero en realidad nadie sabía ni quería saberlo. Esa era la gracia de los pasquines: el humor y el anonimato. Es difícil recordar los poemas que allí aparecían, y, aunque los recordara, nada significaría hoy porque no conocemos a los personajes. Tal vez, presentando el momento, podrían ustedes saborearlos. En el caso que Juan Rosales, pariente de Alfredo, tenía una cantina llamada «Pinares Bar», allí, contiguo a la casa donde vivía Alfredo. Juan Rosales, además de atender su cantina, componía a los santos en la iglesia; preparaba en su casa los altares de Corpus Cristi, celebraba la Purísima y frecuentaba los círculos sociales. Las bromas que le daban los asiduos

parroquianos molestaban a don Juan; por eso, le escribieron (o lo escribió Alfredo) el siguiente epigrama.

Si se arrecha,  
vuelve mecha.  
Si en su furia se desata,  
**vuele riata...**  
Que la Juana, con la pana,  
de escudero servirá.

Hay que recordar también en las famosas veladas bufas en la época de carnaval. Un carnaval en el que se elegía por voto popular a la reina y al rey feo. El mensaje del «rey» que, por ejemplo, leyó el doctor. Federico López. Cuando fue rey feo, estaba escrito en un rollo de papel higiénico, en él no quedaba títere con cabeza. La mano de Alfredo parecía estar siempre detrás de todo. Alfredo fue caricaturista y de los buenos, era aficionado a los temas espirituales, se dice que era Rosacruz. ¿Qué más puedo decir? Alfredo murió en el hospital Victoria, en su San Juan de Jinotega, solo, pobre, el 25 de noviembre de 1974. El día de sus funerales, Paco Rosales, Simeón Jarquín y yo, nos hicimos la promesa de continuar publicando PORTAVOZ como un homenaje a su memoria. Lo logramos por algún tiempo pero tal vez, no teníamos su fuerza de lucha o nuestras economías no pudieron soportar el no poder vender una publicación cultural. ■